

"LA IMPORTANCIA DE UN NOMBRE, ASI ESE NOMBRE SEA UN QUIEN"

Entrevista a Raúl Vidal

Raúl Vidal es un psicoanalista y escritor que reside en Córdoba. Hasta la fecha lleva escritas tres novelas; la primera de las cuales, *Elogio de la ceniza*, fue publicada en octubre de 2004 (Alción Editora). En diciembre de 2006 publicó un volumen de relatos, *pagué y salí* (Alción Editora). Además ha presentado y publicado en Argentina, México y EE.UU. varios escritos ensayísticos, uno de los cuales, *Contar al desaparecido*, fue galardonado con una mención honorífica en el Premio Colección Archivos-Unesco de Ensayo Literario -Concurso Internacional "Juan Rulfo", 2002- otorgado por Radio Francia Internacional e Instituto de México (París).

LQ: Nuestra revista alude a prácticas con niños y jóvenes en instituciones. Podríamos suponer que no habría niños sin instituciones. Menos aún niños en dificultades sin instituciones, al menos en tanto el "niño" es una categoría instituida. ¿O sí?

RV: Sí, tal vez no habría niños sin instituciones; y si me apuran, quizá no habría niños sin lo familiar, pues la familia es una institución (no por nada Maimónides definía a la familia como "ese íntimo ejército"). De allí la importancia del nombre, así ese nombre sea un "quien". Un "quien", así, sin acento, siempre es preferible a un "alguien", pues cuando uno se refiere a un "alguien" cae fácilmente en la tendencia de encontrarle causas a lo que nos pasa. Un ejército suele estar compuesto por "quienes", y no por mucho más que eso. Si hay ejército, hay cuerpos. Me dejo llevar, y se me ocurre que siempre que el cuerpo aparece más o menos implicado, la pregunta que no tarda demasiado en brotar es aquella de Descartes: "¿cómo sé que no estoy loco?". Y al mismo tiempo, es sabido que toda experiencia que apunte a constituir una identidad implica, de uno u otro modo, una puesta en escena (o en juego) del cuerpo. Mi amigo Ricardo Nacht lo señala claramente en uno de sus escritos: "Que Alicia llegue hasta el límite en el cual pierde su nombre es ya señal de la radicalidad en juego." Entonces, la práctica de la que nos valemos es la del juego, claro está; pero también se vuelve necesario

no dejar de lado el hecho de que todo juego implica una pérdida. Quiero decir que el juego que me interesa es aquel que no se juega bajo una lógica de la sustitución: no se sustituye a un niño por un adulto. Parece ser, más bien, que para crecer o para pasar a otra cosa es necesario pagar.



Raúl Vidal Por Andrés

Así las cosas, más que hablar del "niño" podríamos hablar de ese verdadero viaje que sería "la experiencia del niño". Después de dejar atrás dicha experiencia ya nada será lo mismo, incluso acompañando ese paso con la caída del nombre. O es que no nos llama la atención que algunos padres continúen manteniendo a ultranza, contra viento y marea, "ese" nombre para el hijo que ya nadie nombra de esa manera. Cómo es que no nos preguntamos lo suficiente sobre el hecho de que algunas singularidades en el niño son incentivadas y valoradas, mientras otras pasan rápidamente a formar parte del catálogo nosográfico que los adultos mantenemos siempre a mano. (Permítanme un chiste: ante lo nosográfico yo siempre prefiero lo no zoográfico).

No debemos olvidar que lo singular conduce irremediamente a que una clínica, la de lo normal y lo patológico, estalle para siempre; y por supuesto que me

refiero incluso a la llamada clínica psicoanalítica, tan parasitada por la nomenclatura psiquiátrica. Entonces, uno debe aceptar que no hay técnica, si se entiende por ella un saber preconcebido o un poner a jugar a priori el Edipo freudiano.

En ese caso, la técnica acaba con el juego. Quizá la tarea de una institución sea precisamente aplicarse a esos límites de la singularidad en cada niño; quiero decir, no tanto a la singularidad en sí misma, sino a las características de cada límite, más aún si el límite del que se trata es el límite del lenguaje... lo que no debería asustarnos,



pues el lenguaje siempre implica un límite. No hay que espantarse de los límites, no importa demasiado de qué lado estén (nada de algo parecido a un lado institución y un lado niño), pues el límite al que me refiero no opera en el sentido de eso que se ha dado en llamar intersubjetividad. Por ejemplo, uno se pone a escribir y uno no puede rescatarse de una, a

vezes delicada a veces grosera, sensación de carencia. (Entonces, ¿por qué escribo?, ¿está tan claro que cuando escribo lo hago para otro?, ¿será que se trata nomás de un intento, la más de las veces fallido, de pagar para pasar a otra cosa, de pagar y salir?) Aplicarse a esa carencia es aplicarse a la utopía y al mismo tiempo a la existencia concreta de las víctimas de lo totalitario (Estado, Ciencia, Hogar). No parece haber término medio en juego al que aplicarse; y si lo hay, es casi seguro que ese punto medio, tranquilizador, sea un espejismo, como a veces lo es la teoría, sobre todo si esa teoría se transforma en un mundo cerrado de ideas o en una religión más. Aplicarse a los límites es animarse a permanecer fuera de las alambradas, y vagar sin la promesa cierta de un refugio. ¿Acaso acompañar a lo extranjero no nos vuelve extranjeros? ¿No somos todos, en mayor o menor medida, desarraigados?

LQ: Niño, joven, adulto, crecer, no crecer, crecer mal, crecer retrasado. Con poco más tenemos ya una clasificación y por ende una normalización. En el acercarse o recibir a un niño en problemas o en dificultades, ¿cómo juega ese crecimiento clasificatorio? y, a la vez, ¿cómo se articulan, para vos, las instituciones, como fabricaciones, y las posibilidades de trabajo con aquello que se denomina locura?

RV: En estos días estoy leyendo un texto del helenista Pierre Hadot, *Elogio de Sócrates*. Además de múltiples cuestiones que nos pueden servir para pensar el análisis, allí me encontré con una proposición que nos debe sonar

de cerca a los analistas: "La preocupación por el destino individual no puede dejar de provocar un conflicto con la Ciudad." Algo parecido habíamos leído hace más de diez años en un escrito de Roland Lethier, cuando hacía hincapié en que la posición del analista es la del paria, la de un apartado del orden social. No sé si los analistas nos hemos dado cuenta de lo central que es esto en nuestra praxis. Con todo esto quiero decir que, mal que nos pese, no sé si es posible una articulación entre el mandato social que se deposita en las instituciones (aunque no sólo en ellas, pues en el consultorio también se hace presente) y el trabajo en locura. Y esto obliga a una responsabilidad de otro orden que la del ciudadano, una ética que nos confronta con una de las experiencias más complicadas, la experiencia de la soledad. Uno sabe que al ingresar a un campo de locura, incluso sólo por un instante, permanece irremediamente solo. Y es en esos instantes de transferencia psicótica (me gusta más hablar de un relámpago, un pasadizo secreto que abre ese campo de locura a quien no pueda dejar de transitarlo), en que el analista participa, no frente, no alrededor, no en torno a, sino en un campo de locura. Seguir la trayectoria de la locura en su terreno, parece ser a veces la única opción. Quizás al modo en que un lector participa en la narración. Porque es un hecho que la locura escribe, pero pocos parecen caer en la cuenta de que nadie escribe sin hacer participar en tal escritura, lo que lee. Por ende, en estrecha vinculación con un campo de locura, ¿habrá de existir un determinado campo de lectura? Algunas instituciones, si se quiere advertidas de esto, buscan asentar al posible encuentro entre palabras que permanecen inertes, entre detalles y pormenores que no tienen o no buscan destinatario alguno, en aras de que la narración no se empaste; pero, precisamente por estar al tanto, esas instituciones, las menos diría yo, también

"Un "quien", así, sin acento, siempre es preferible a un "alguien", pues cuando uno se refiere a un "alguien" cae fácilmente en la tendencia de encontrarle causas a lo que nos pasa"

saben que el fracaso está a la vuelta de la esquina. Pero cuidado, tampoco creo que se trate como he oído por ahí, de un hacer del fracaso un emblema, algo así como sostener que "trabajamos en el fracaso". Siempre que creemos estar apoyados en algo, es bueno desconfiar y dejarse llevar por la sospecha de que se trata de otra cosa.

LQ. En la película de Lajos Koltai, basada en la novela de Imre Kertész, "Sin destino" (Fateless) que narra el pasaje de un joven húngaro por los campos de exterminio nazis, el protagonista se pregunta, luego de que amigos y vecinos le recomienden dejar su pasado atrás, y algún intelectual ubique su pasaje en el círculo más bajo del infierno,

se pregunta y luego se responde si no debería, en tanto todo el mundo le pregunta sobre el horror, sino "debería hablar sobre la felicidad de los campos. La próxima vez si me preguntan... si es que me lo preguntan y si yo mismo no lo olvido".

RV: La novela "Sin destino", de Imre Kertész, comienza con una frase interesante: "Hoy no he ido a la escuela". Desde el inicio se pone en cuestión la institución. ¿El lager era una institución? No sé si el universo concentracionario puede ser considerado una institución. Lo que sí me parece que podemos aseverar, sin temor a equivocarnos demasiado, es que una institución sí puede transformarse en un lager. Al mismo tiempo, el título de la novela de Kertész debe mantener para los analistas en locura un valor particular: recordemos aquel guiño que en varios de sus escritos nos hace Françoise Davoine al contarnos que en la Edad Media sí se sabía qué hacer con la locura, entre otras cosas porque se consideraba que la locura no se trataba de destino sino de ingenio. Además, no se debe olvidar que Kertész está advertido de ciertas cosas, pues

"La práctica de la que nos valemos es la del juego, claro está; pero también se vuelve necesario no dejar de lado el hecho de que todo juego implica una pérdida".

además de ser el traductor al húngaro de Nietzsche y Wittgenstein también lo es de Freud.

La película de Koltai, tal vez porque su guión fue escrito por el mismo Kertész, se aplica con total justeza a la novela, y me parece que de todo lo que se ha filmado sobre la shoá es una de las películas que más y mejor retratan el universo concentracionario. Es un film que sirve para detenerse en los detalles. Pero no me quiero escapar de tu pregunta. En principio, se me ocurre que es de fácil comprobación que la risa y la fiesta, pero también el juego, no sólo las lágrimas, en ocasiones parecen estar al servicio de una efectuación del duelo. Al mismo tiempo, el caso de Kertész es interesante, porque según los que lo conocen es un hombre afable, afecto a la socarronería y las sonrisas a medias; es decir, hace de la ironía todo un modo de vida. Y la ironía, al menos desde Erasmo a esta parte, es una manera nada desdeñable de saber-hacer con aquello que nos perturba seriamente. Recurrir a lo banal, a lo trivial, incluso a lo insignificante, en ocasiones puede facilitar la transmisión; en este sentido, hablar de la felicidad en los campos, o incluso recurrir al humor de la mano de la ironía no deja de ser una apuesta posible. Es cierto también que en sus obras siguientes, en particular en su "Kadish por el hijo no nacido" o en su "Diario de la galera", esa felicidad se desmorona como un atardecer que tarda en apagarse, casi sin que se note demasiado; lo que habla a las claras

que, al menos para Kertész, del lager no se sale jamás, como de ciertos duelos, o de ciertas pérdidas o vacíos que siempre habrán de permanecer allí, como escribo en una de mis novelas, "en esa especie de aura que flota sobre nuestras cabezas cuando, en ciertas fechas particulares e íntimas, casi sin darnos cuenta, sentimos que alguien falta, y que no es posible, que todavía no entiendo cómo puede faltar y estar tan presente al mismo tiempo... y que no hay que entender; y que a veces habría que dejar ir al pasado, dejar que el río del pasado corra, como una narración que no se empasta; y que sólo se trata de escudriñar el tiempo, nuestro tiempo, el tiempo de todos, el tiempo de los que estamos y de los que no están, el tiempo hecho restos, como perdidos tiempos que deben ser buscados."



Pero la novela de Kertész me interesa de un modo particular, porque desde el inicio de la misma se vuelve evidente que los niños son necesarios; lo que quiero decir es que, según todo parece dar a entender, los adultos necesitamos de los niños, lo cual no deja de ser un problema. ¿Acaso algunos adultos, nótese que no digo padres, necesitan de uno o varios niños en locura? Esto no busca culpabilizar a nadie, sino tratar de ver las cosas un poco de sesgo, que es el modo en que en ocasiones se puede ver aquello que se vuelve difícil de soportar. Que el narrador de "Sin destino" sea un muchachito de quince años, edad en la que el propio autor de la novela fue deportado a Auschwitz, no prohíbe que pensemos en "el niño" antes que como una "categoría", como alguien a quien se le exige crecer.

LQ: ¿Cómo interviene la moralización de una posición, o el intelecto político apropiado, o la fascinación por el horror o aún por la felicidad, en el trabajo con quienes han pasado (si "pasaron" es correcto) por historias agujereadas, rotas, etc.? ¿Qué encuentros son posibles?

RV: Tal vez una manera de salirse de la condena moral al encarar estas cuestiones, escaparle a la ética del bien y del mal, al menos en tanto analistas, sea el no dejar de lado que no es sencillo encontrar una explicación para el horror desatado en el siglo XX. Esta falta de sentido (o mejor sería decir ese no-sentido, ese pas de sens que es también un paso), me animo a decir, es uno de los pocos rasgos que comparten horror y locura (experiencias que no son lo mismo, entre otras cosas, porque cualquiera

"Un campo de locura se acerca más a la narración, que a la ciencia. De lo que se trata, entonces, es de narrar, de contar, de buscar la manera posible en que la narración no se empaste"

puede ser malo, agente de eso que se ha dado en llamar el mal absoluto, pero no cualquiera puede enloquecer); y además esta dificultad para entender está del lado de las víctimas pero también de aquellos que comparten el campo de los victimarios. Kertész lo dice con claridad: "Mi literatura contiene algo especial para los alemanes. Han encontrado en mis libros una explicación y un análisis del Holocausto. Eso es algo que se espera de la literatura. Una mujer alemana me dijo una vez: usted ha encontrado el lenguaje que yo entiendo." De ahí mi interés en considerar a la literatura como una herramienta a la hora de trabajar, si se quiere una herramienta absolutamente personal. Al mismo tiempo, no es difícil considerar que todo arte es fruto de un acontecimiento fundamental (Kertész le llama "trauma primigenio") y, de algún modo, entonces el dilema no es escribir o no escribir, sino cómo escribir, o cómo hacer arte, sobre o alrededor de ese tema que marca nuestras vidas. No olvidemos que Lacan termina su seminario Las estructuras freudianas en las psicosis con El encantador pudiéndose, el largo poema de Guillaume Apollinaire, en donde el monstruo Chapalu exclama "aquél que come ya no está solo", y entonces para Lacan, Chapalu es "aquel que verdaderamente ha encontrado la clave analítica".

Ahora bien, ¿que cómo usar la literatura? Cada uno verá de qué manera se deja llevar por el pas de sens, o acostumar a lo inenarrable que cierta literatura porta. Leer Lacan como se lee el *Finnegans Wake*, es decir, leer como se pueda, no deja de ser una experiencia que nos acostumbra (si algo así es posible) a participar en tal o cual campo de locura.

Al comienzo de *Estancias*, Giorgio Agamben sostiene que "de una novela es posible, en el límite, aceptar que la historia que en ella debía contarse al cabo no se cuente". Ese "en el límite", ha llamado mi atención; es decir, una novela, en el límite, a veces no cuenta lo que debería contar. En cada novela la ficción va construyendo sus propias reglas, particulares, únicas... reglas que en ocasiones, apoyándose sobre el paradigma del caso a caso, se erigen en anti-reglas. ¿Y en la locura? Aún cuando en ciertos ocasiones la locura parezca callarse, sumergirse en una quietud de palabras, encerrarse en un diálogo mudo que rompe con el lazo social, ¿no hay acaso una narración en cada locura? Además, si la literatura y el psicoanálisis son in-disciplinas que en un confín no tan lejano, como algunos desearían mantener, comparten un espacio en la locura, ¿no existe

en tal o cual campo de locura un relato que se sustenta en anti-reglas? En esa relación entre lo que denomino campos de locura y campos de lectura, entiendo que en todo campo de locura hay una narración que intenta discurrir, muchas veces contando algo inesperado, algo que va más allá de cierta frontera, algo -en suma- que desobedece aquello que debería contarse. Es en este sentido que un campo de locura se acerca más a la narración, que a la ciencia. De lo que se trata, entonces, es de narrar, de contar, de buscar la manera posible en que la narración no se empaste. Vale cada uno de los modos en que esto se dé: en un extremo, Primo Levi, que no puede dejar de contar el horror del Lager: "En el extremo del contar -dice en una entrevista realizada en junio de 1979- creo que estoy yo, no he dejado de contar nunca"; en el otro extremo, el narrador en la novela de Andrés Rivera, *La revolución es un sueño eterno*, ante quien uno se queda -como en un hallazgo ficcional del lector- con la impresión de un escamoteo del contar: "Escribo la historia de una carencia, no la carencia de una historia".

LQ: Reglas, antirreglas, ¿no circunscriben todo a una dialéctica?, además de ese anti, ¿no habría en la locura, en la poesía, algo de otro orden?

RV: Es muy posible. El narrador de una de mis novelas dice lo siguiente: "Un buen libro debe de ser un libro descontento que deje contento al lector, a un lector combinatorio, por supuesto. Un libro descontento es un libro que siendo novela desea ser volumen de cuentos (o de pequeños ensayos), y viceversa (o triceversa). Un libro donde los personajes se muestren furiosos por no ser jamás personajes principales, donde la historia se crea siempre mucho más importante de lo que en realidad es, donde nunca el final se encuentre al final; en suma, un buen libro siempre será un no-libro... como una buena vida siempre será una no-vida." Y agrega en la página siguiente: "De alguna manera, no tan velada como sería de desear, todo libro incómodo (o toda vida incómoda), en estado de incomodidad, es un reclamo. Un no-libro y una no-vida comparten un rasgo capital: ambos están del otro lado de las cosas. Ambos apuestan a no dejar, después de su paso, rumor alguno; pero ambos saben que perderán la apuesta."

La poesía es un ruido, para muchos un ruido incómodo y ríspido. Pero es un no-lugar posible: el pas de sens recupera allí un sitio privilegiado. La poesía, también la locura, se deja habitar por ese pas de sens. No es que no haya nada para contar, antes bien, no hay un sentido en ese contar.